

La sociedad bloqueada en proceso de cambio: el movimiento estudiantil y la emergencia de lo social¹

Jorge Rojas²

JORGE ROJAS: *Sociedad bloqueada. Movimiento estudiantil, desigualdad y despertar de la sociedad chilena*, en la Universidad de Concepción, 29 de junio de 2012.

Lo mejor que le ha pasado a Chile en las últimas décadas ha sido su movimiento estudiantil. Debatiendo sobre la ideología del crecimiento, paradigma dominante de la modernidad y columna vertebral del modelo económico chileno, Serge Latouche argumentaba con razón:

La sociedad del crecimiento no es deseable por lo menos por tres razones: engendra una buena cantidad de desigualdades e injusticias, crea bienestar considerablemente ilusorio, no suscita para los privilegiados una sociedad convivencial sino una antisociedad enferma de su riqueza (Latouche, 2008: 49).

La sociedad del crecimiento es equivalente a la sociedad del mercado que ha fascinado a muchos con sus ilusiones, éxitos, frustraciones y desencantos. Es la sociedad de individuos sin sociedad. Del emprendimiento y la flexibilidad laboral subcontratada, base de lo que Robert

-
1. El libro fue comentado por el ex senador y ex ministro Carlos Ominami; Gabriel Boric, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y Recaredo Gálvez, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC).
 2. Doctor en Sociología por la Universidad de Hannover, Alemania. Actualmente, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Concepción, Chile.

Castells recientemente ha definido como el nuevo precariado moderno, abundante en nuestra sociedad.

Han transcurrido muchos años de promesas incumplidas del mercado y sus auspiciadores. Alcanzar el desarrollo ha sido la máxima promesa de las últimas décadas. La economía crece pero la sociedad decrece, se diluye o se hace líquida en términos de Zigmunt Bauman. Se incrementa el per cápita pero el desarrollo y la igualdad no llegan al particular apuntalado en su miseria con bonos y subsidios. Algo funciona mal en el sistema. Así lo percibe y siente la inmensa mayoría de la sociedad en estado de malestar permanente. Y ya no está dispuesta a seguir esperando que el mercado haga milagros, que distribuya las riquezas producidas por todos y extraídas de nuestros recursos naturales que, en realidad, ya no nos pertenecen. Por lo mismo que el Estado-nación, otrora importante en América Latina, se parece hoy más a una lamentable ficción.

La desigualdad insoportable

La sociedad no se desarrolla debido a que la desigualdad está estructuralmente instalada en la sociedad chilena. Y es mucho peor de lo que todos imaginamos y escribimos cuando nos referimos a ella como un mero dato estadístico o la limitamos al factor ingresos. Es peor aún, porque es planificada. Los neoliberales consideran la desigualdad como un motor del progreso individual y de la mal llamada competitividad. La desigualdad es una condición social que denigra a la persona, arrojándola en la impotencia y en la imposibilidad de salir adelante, de ser más, de ser alguien, de ser sí mismo. Representa la carencia de las carencias. En este sentido, los diferentes tipos de escuelas: municipales, privadas subvencionadas y privadas, reflejan la existencia de esta desigualdad en el acceso a la educación. La desigualdad estratifica la sociedad y el territorio.

La sociedad neoliberal en la que aún vivimos se construyó con la violencia militar y el despotismo del mercado desregulado. Luego vino la transformación sociocultural: la creación del consumidor individual y desprotegido, sin derechos. Una “sociedad neoliberal” funciona con poca democracia e injerencia ciudadana, sin distribución del ingreso y con poco Estado.

El mercado disuelve la sociedad en individuos consumidores, generando nuevos patrones culturales y sociales. El Estado neoliberal se reduce a lo mínimo, se desprende de toda forma de “intervencionismo” en la vida económica y reduce considerablemente sus funciones sociales; por lo tanto, ya no socializa, no crea valores ni cultura nacional, simplemente “deja hacer” a los privados. Por lo mismo que tampoco construye nación. El Estado que tenemos no media intereses intrasociedad, cuando hay problemas se hace a un lado, mira para el lado cuando afloran los conflictos. Ocurre con los problemas de la educación, los ambientales o laborales.

Nuestro sistema de educación superior no está basado en un pacto de solidaridad intergeneracional, como en los países miembros de la OCDE a la que pertenecemos, sino en el endeudamiento y en la llamada responsabilidad individual. Lo mismo sucede con otros sistemas, como el de la salud y el de la previsión social. En el fondo, la desigualdad estructural construye a la persona en la desigualdad, la hace desigual frente a otros, a quienes ubica en jerarquías o capas “superiores” de la sociedad. En contra de este proceso de “desigualación” se rebelan los jóvenes movilizados y, en general, la mayoría de los chilenos socialmente desiguales.

Según una investigación reciente de Wilkinson y Pickett, la desigualdad es un fenómeno complejo y amplio en sus efectos: influye directamente en el rendimiento escolar, en los embarazos adolescentes, en la autoestima, en los niveles de confianza o desconfianza, en los niveles de violencia social, en las expectativas, en la movilidad social, en la densidad de los conflictos por los recursos, en la delincuencia, en la segregación geográfica o territorial, en los potenciales de cooperación, en la integración o desintegración social, en las formas de organización del poder (mayor o menor jerarquía), en la mayor o menor intensidad del consumismo (competencia por estatus), en los niveles de salud mental y enfermedades, en los niveles de emisiones de gases de efecto invernadero que provocan el calentamiento y cambio global, en la estratificación social, entre otros. Influye incluso en el desarrollo de la inteligencia social y en la sociabilidad: “conforme aumenta la desigualdad, la sociabilidad – medida en términos de vida comunitaria, de confianza en los demás y en nivel de violencia – disminuye” (Wilkinson y Pickett, 2009: 221).

La desigualdad influye también en los niveles de sustentabilidad. Una sociedad más igualitaria muestra mayor capacidad de reciclaje de

sus propios residuos y muestra una mayor capacidad de adaptación a nuevos estilos de vida, más amigables con la naturaleza y los desafíos del cambio climático.

En todo caso, resulta interesante y esperanzador observar que al proceso de movilizaciones se han incorporado también jóvenes de establecimientos privados-subvencionados y privados. En las marchas se expresa la comprensión y solidaridad con quienes están mal en la sociedad y, al mismo tiempo, se superan las separaciones y barreras sociales y construyen nuevas y mejores relaciones humanas.

Sociedad bloqueada

Esta sociedad profundamente desigual podría caracterizarse también como una sociedad “bloqueada”, es decir, socialmente fraccionada, profundamente estratificada y con escasas posibilidades de avanzar sustancialmente hacia un modelo de desarrollo justo e incluyente. Modernizada y atrasada, simultáneamente. Rica y pobre. Con un discurso modernizador y una práctica social premoderna, semifeudal. Democráticamente binominal, es decir, sin competencia electoral. En este contexto se producen los procesos de socialización. Se construye el individuo y los segmentos sociales diferenciados, socialmente desintegrados. Para que las partes nunca se junten, aunque pasen junto a las otras, pero no se hablan ni mezclan socialmente.

Los movimientos estudiantil y social buscan, con sus acciones y propuestas, desbloquear el sistema político y social para dar lugar a una democracia social con participación ciudadana.

Emergencia de la sociedad

Las movilizaciones estudiantiles, al igual que la de los llamados indignados que suceden en el mundo desarrollado y emergente, no sólo demuestran el descontento con el orden social imperante, sino que también constituyen nuevas formas de construir sociedad.

En el desarrollo de las sociedades modernas existen diferentes momentos de estructuración, en los que intervienen diversos factores que influyen en su ordenación político-institucional, económica, social y cultural. Prácticamente todas las sociedades latinoamericanas fueron

construidas en gran medida desde el Estado. Luego desde la política. En las últimas décadas desde la economía mundial, desde las grandes empresas y el capital financiero.

La sociedad y el individuo nunca tuvieron hasta ahora la oportunidad de autoorganizarse o autoconstituirse como sujeto, como lo idearon y soñaron los fundadores más preclaros y avanzados de la modernidad. La sociedad moderna por lo general fue constituida desde mediaciones e imposiciones, lo que influyó necesariamente en las personas que la componen. Las movilizaciones y protestas sociales muestran el modelo político-institucional y societal del siglo xx en crisis, tornando obsoletas instituciones, modalidades de mediación, formas de representación política, normas y valores de socialización.

Emerge, de esta forma, la sociedad en forma de tejido social vivo y más directo, con nuevas formas de comunicación, normas y valores. Surge o resurge, por ejemplo, el compromiso y la responsabilidad intergeneracional, en el momento en que se lucha por derechos para las generaciones futuras. Lo mismo es válido para la defensa de la naturaleza, que surge como un valor similar al de la defensa de la educación pública.

Ha llegado el tiempo de la sociedad y de las personas intercomunicadas. Eso explica la exigencia de los cambios ahora. Y la defensa de lo público, lugar donde por excelencia se construye sociedad, se supera el egoísmo competitivo y se da paso a la cooperación. Ya no se está dispuesto a esperar promesas. La utopía debe realizarse ahora, en el tiempo y en el espacio en los que transcurre la vida de quienes han sido excluidos de los beneficios del avance del conocimiento y el desarrollo tecnológico.

De las protestas y movilizaciones se empieza a construir un movimiento social cada vez más masivo, diverso y poderoso, que busca reconstruir la sociedad mediante lazos y nuevos valores societarios. El movimiento da continuidad a las protestas y movilizaciones, y desde su dinamismo interno emerge la sociedad. Es una sociedad antilucro, desprivatizadora, solidaria, más libre y democrática, defensora de lo público como el espacio en el que se construye a sí misma. Es una sociedad hastiada de la ganancia, enferma del lucro y cansada de los abusos que han invadido todas las esferas de la vida humana. Buscan construir otro modelo de sociedad, que surja de ellos mismos.

El despertar ciudadano: democracia participativa

Las sociedades modernas experimentan un salto cualitativo en el desarrollo de sus instituciones democráticas, impulsadas por la emergencia de un ciudadano más autorreflexivo. En la discusión internacional se habla, con razón, de una segunda democracia o de democratización de la democracia, para referirse a la superación del concepto limitado de democracia representativa o delegada que primó durante el siglo xx y subsiste aún en muchas sociedades. Nuestra democracia, interrumpida violentamente en 1973, aún no recupera los niveles existentes en el siglo xx. Por lo mismo que los movilizados manifiestan un desencanto con la forma de hacer política, de gobernar y con el funcionamiento no participativo de las instituciones.

El mundo que viene, como consecuencia de la agresiva globalización y desperfilamiento del Estado-nación, es el del involucramiento más directo de las personas, comunidades, etnias y regiones. Las personas, gracias a la revolución de los medios de comunicación, de la tecnología y de las redes sociales, entienden que nada les es ajeno, sino que todo les concierne e intercomunica. El futuro orden social en construcción es más incómodo para la clase política, los gobiernos y el capital, porque les arrebatara espacios de decisión. Se trata de una relacionalidad social más inteligente, que agrega valor a la convivencia, a la política y a las instituciones. En la actualidad la democracia es la modalidad más moderna y efectiva de convivencia política y social. Pero la democracia cambia, evoluciona. Las nuevas generaciones son portadoras de nuevas culturas y formas de entendimiento social, lo que necesariamente impacta e influye en la organización de la sociedad. La democracia es además un proceso de aprendizaje, no ajeno a conflictos y tensiones, incluso a la violencia indeseable que daña la convivencia y atenta contra los derechos humanos y la dignidad. La democracia requiere, para su anclaje profundo en la sociedad, de una cultura democrática, aceptada y socializada por los ciudadanos, las instituciones y los actores políticos.

El despertar ciudadano se observa en todo el mundo, en los países desarrollados, en los emergentes y en los sometidos a prolongados regimenes autoritarios. Especialmente son los jóvenes quienes hoy se movilizan, preocupados del presente y del futuro de sus hijos y de sus naciones. Junto al movimiento estudiantil chileno que en el año 2012 ha adquirido nuevamente masividad, destaca también el movimiento

estudiantil mexicano (con participación de estudiantes de universidades públicas y privadas), conocido como Movimiento “Yo Soy 132”, el que en el contexto de las elecciones presidenciales mexicanas (1° de julio de 2012) se constituyó y ha organizado diversas movilizaciones para exigir transparencia en el proceso electoral, fin a la violencia, democratización de los medios de comunicación. Se ha unido a otros movimientos ciudadanos que luchan por demandas similares. Este movimiento le está cambiando el rostro a México y seguramente en el futuro influirá en el curso de la política y desarrollo de la sociedad. Constituye una esperanza para superar la cultura autoritaria heredada — vigente en nuestros países — y abrir caminos hacia una democracia participativa, acorde con los tiempos que vivimos.

En Chile la democracia aún no logra su instalación plena, persisten enclaves autoritarios, como el sistema político binominal, que impide el desarrollo de la democracia. La propia Constitución Política es una herencia del régimen militar. El país, a pesar del tiempo transcurrido, aún no ha cerrado definitiva y colectivamente su oscuro pasado, como otros países lo hicieron con una asamblea constituyente que inaugura un nuevo orden político, social y cultural que resignifica y reconstruye la nación.

Lo que hoy observamos, a partir de las movilizaciones estudiantiles, constituye un verdadero despertar de la sociedad civil, deseosa de ser incluida en el progreso económico y de incidir en los asuntos clave que conciernen al desarrollo del país y de las personas.

La historia y la lucha por una educación pública, gratuita y de calidad, por un Chile más justo y más inclusivo, seguirá su curso con la incorporación de nuevos actores, quienes seguramente continuarán avanzando por la huella histórica trazada por tantas generaciones que han luchado por un Chile mejor.

Una sociedad bloqueada es aquella que acumula desigualdades, injusticias, insatisfacciones, maltratos y malestares que atraviesan a todo el cuerpo social. El bloqueo impide el desarrollo de las personas, grupos sociales y regiones. Es un bloqueo al desarrollo de la sociedad en su conjunto y de sus territorios, el que a su vez la mantiene en el atraso, subdesarrollo y sometida a la subordinación. Por lo mismo que desbloquear implica liberar las energías atrapadas en sus estructuras y placas sociales sobrepuestas. La entropía social, entendida ecológicamente como energía social perdida por la desigualdad y la discriminación, constituye en el fondo, pérdida de sociedad y comunidad. Pér-

dida de oportunidades de desarrollo, a través de la realización consciente, libre y activa de las personas. Esta energía acumulada como pasivo –no liberada– es inteligencia social creativa y en ebullición que, como en todo proceso social histórico de cambio, busca, mediante expresiones, presiones y nuevos discursos y valores, abrirse caminos diversos y plurales hacia mayores espacios de emancipación humana y calidad de vida. Veremos, en el futuro cercano, cómo evoluciona este proceso, que podríamos caracterizar como de subjetivación ciudadana, movilizadora en los espacios públicos y redes sociales, en un contexto político de alta complejidad y fuertes tensiones entre el *statu quo* neoliberal y la emergencia del ser social consciente que lucha por incluirse en una sociedad de derechos, deberes, libertades y dignidad para todos.

Estimados amigos, la Universidad de Concepción, la Universidad de Chile y en general, las universidades del Consejo de Rectores, al construir históricamente bienes públicos, contribuyen activa y diversamente a la emergencia de este nuevo orden social, institucional y cultural.

Referencias bibliográficas

- Castel, Robert (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Latouche, Serge (2008). *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Barcelona, España: Icaria.
- Wilkinson, R., y Pickett, K. (2009). *Desigualdad. Un análisis de la (in) felicidad colectiva*. Madrid: Turner Noema.